

dido, ya nos daremos traza de poseerlo y oprimirlo toda su vida. Vamos en pos de tres logros: primero, el amor de Claudio á ti; segundo, el matrimonio tuyo con él, á consecuencia de tal amor; tercero, la consiguiente adopción de tu hijo, á consecuencia de este matrimonio. El primer logro queda sometido á tus encantos y tu influencia sobre la persona de Claudio. En cuanto á la celebración del matrimonio legal y á la dispensa del parentesco estrechísimo; como asunto que atañe al Senado, yo lo arreglaré á mi sabor entre los senadores. Así que sepan éstos como dominas tú á Claudio, caerán de hinojos á nuestras plantas y se rendirán á discreción bajo nuestros caprichos; luego la consiguiente adopción de tu hijo la ultimaremos entre nosotros dos. Para todo ello contamos con el influjo de tu talento sobre el espíritu de Claudio, y con el influjo de tus gracias sobre su físico, y con el arte de tus intrigas sobre sus rescriptos. Además de tan poderoso factor tenemos la codicia de Palas, que después de haberse chupado la medula de Roma, todavía llora por lo que aún queda, y pega tras Narciso, á fin de quitarle toda influencia; y como sabe que no puede quitársela sino mediante tu persona y tu influjo, prosperará con todas sus fuerzas estos dos asideros de su fortuna. Mas para obtener la dirección del Imperio, para obtener la dispensa del parentesco, para obtener la adopción de tu hijo, necesítase que sities y rindas á Claudio. Requiere, pues, todas tus armas. Expide á sojuzgarlo todos tus hechizos. Cautívalo primero por la sensualidad, á que Mesalina debía el dominio sobre su cuerpo; no te hagas, pues, la pudorosa y la descomida. Luego tiende asechanzas á su vanidad y orgullo de artista. Persuádele á creer que tendrá una colega en el trono, una colaboradora en el tribunal, una copártcipe de sus trabajos literarios en la biblioteca. Y conseguidos estos apetecibles logros por ti, yo conseguiré con facilidad que tu matrimonio sea por los patricios reconocido y que Nerón sea por el emperador adoptado.

— Habrá para todo esto dificultades infinitas.

— Así lo creo; mas vuelvo á repetirte que no valen tanto las porffas humanas cuanto urgen para prevalecer y triunfar.

— Veremos.

— Desde luego Narciso está ya parapetado contra nosotros.

— Enemigo formidable.

— Por de pronto ha tomado de asidero á Británico.

— Quien le marrará, en cuanto yo lo aperciba todo para que prevalezca mi Nerón, ya muy valido en el concepto de su tío.

— Y luego ha escogido para esposa de su pupilo...

— Buen apodo, no es más que un pupilo Claudio de su liberto. ¿Quien pretende darle tal tutor de esposa?

— No vas á creerlo.

— ¿Quién? Acaba.

— ¡Si me parece mentiral...

— Dilo de una vez, Vitelio.

— Pues, Petila.

— ¿Petila?

— Petila, repito.

— ¿Pues no la repudió Claudio?

— ¡Vaya si la repudió!

— ¿Y á una repudiada la reinstalarán en el trono?

— La reinstalarán.

— Cualquiera día ordena que le resuciten Mesalina en persona.

— Y no me maravillaría tal intento.

— Es una pobre muchacha Petila.

— Tienes razón.

— Falta de todas aquellas facultades que necesita el emperador, fulto, á su vez, de activa colaboración á sus obras imperiales que le traen fuera de sí. Claudio, más que una mujer para el tálamo, necesita en su edad una compañera para el trono.

— Mala elección la de Narciso.

— Sin embargo, apela con grandes insistencias á la memoria del emperador.

— ¿De veras?

— De veras.

— Mal camino.

— ¿Por qué?

— Porque si Claudio tiene poca voluntad, aún tiene menos memoria.

— Como que muchas veces hase olvidado de sus propios hechos hasta un extremo increíble: hasta ordenar que se presentasen á su tribuna aquellos mismos condenados á muerte por él.

— Idos con esas, con recuerdos de juventud, á un testuz de buey como el suyo.

— Pues Narciso le presenta los días del primer amor.

— No fué ni siquiera el primer amor.

— Verdad.

— Fué su segunda esposa.

— Pues pintar como querer se llama eso; porque Narciso cuenta con empeño cómo la novia propuesta por él tuvo encantado á Claudio en la pubertad.

— ¡Buen bribón y embustero Narciso!

— Dícenme que le promete á Claudio nuevos abriles de su vida, un rejuvenecimiento de la sangre, una florescencia de la fantasía, un aleteo de las ideas, un calor del corazón, una esperanza del alma, si recupera la joven de sus segundas nupcias todavía florida y hermosa.

— Pero Claudio se curará bien poco de tales mentidas fantasías.

— Bien poco.

— Hay aún otras candidaturas y otros proponentes.

— ¿Quién?

— El proponente Calixto.

— ¿Y la propuesta?

— Lodia.

— Tampoco doy crédito á mis oídos.

— ¿Por qué?

— Porque Lodia sólo presenta en su pro la riqueza.

— ¿Te parece poco?

— Muy poco.

— Pues todos nos desvivimos, quién más, quién menos, por las riquezas.

— ¡Buen caso puede hacer el emperador de las riquezas, perteneciéndole, como le pertenecen, cuantas hay en poder de sus súbditos!

— Pues mira: un poco debe servirnos la riqueza para granjearnos lo que necesitamos.

— ¿Cómo?

— Yo cuento mucho con el poder de tus gracias sobre Claudio; pero no cuento menos con el poder de Palas.

— ¿Y qué?

— Pues todo el poder de Palas se contiene y encierra en estos dos artículos: primero, en las innumerables riquezas; y segundo, en su calidad de acreedor al César.

— Le presta el mismo dinero que le roba.

— Chist... ¡Agripina!

— Tienes razón, Palas está por nosotros.

— Hay que mentarlo para bendecirlo únicamente.

— Gracioso caso el proponer á Lodia.

— ¡Qué quieres!

— En tiempo de Augusto no campearía por sus respetos como ahora.

— ¡Ya lo creo!

— No permitía el emperador lujos como el insolente de tal imbecil.

— Sí; Augusto creyó que, restaurando los antiguos trajes, restauraría las antiguas costumbres.

— Yo pido tu atención para estas consideraciones tan sólo, Vitelio.

— Di.

— Tiene perlas que han puesto en olvido las perlas de Cleopatra.

— ¿Perlas? Y cuanta pedrería puede existir en el mundo.

— Como que se calcula un solo collar de Lodia en seis millones de sestercios.

— Lleva, pues, una provincia en el cuello.

— No sucederán tales cosas cuando yo reine.

— ¿Qué te propones?

— Moderar el excesivo lujo romano.

— Tarde lo conseguirás.

— Reharé las costumbres.

— Inútil empeño.

— ¿Lo juzgas así?

— ¿Pues no he de juzgarlo? ¡Vaya si lo juzgo! Tu intento de restaurar las viejas costumbres por medio de los rescriptos, parece mucho al intento de los que pretenden restaurar el régimen republicano por medio de las conjuraciones.

— Soy la hija de Germánico.
 — Y por ser la hija de Germánico, á quien el pueblo adoraba, puedes prometerte, si reinas, el favor de un pueblo muy adscrito á sus glorias. Pero será más fácil á estos romanos del Imperio aclamarte que obedecerte.

— Yo, hija de Germánico, madre de Nerón, mujer, si llego á serlo, de Claudio, prevaldréme de todas estas preeminencias para mejorar el Imperio.

— Todo eso está bueno para dicho, mas difícilmente se hace.

— Pues ríete cuanto el gusto te lo pida hoy de mis proyectos: propóngome no solamente mejorar el tiempo que corre; prepararme y preparar mejores días á Roma en el tiempo que se halla por venir.

— Y ¿con qué para todo eso cuentas?

— Con mis fuerzas.

— Muy grandes, pero que habrán de romperse contra lo imposible.

— Cuento con mi Nerón.

— ¿Con tu Nerón?

— Sí.

— Nadie desea tanto como yo que tu Nerón impere.

— ¿Pues entonces?...

— Tu Nerón, como todos los niños, es hoy un enigma.

— Enigma que yo descifraré.

— ¿Con qué medio?

— Con el medio de una educación esmeradísima.

— Como las leyes pueden poco sobre las costumbres, pueden menos aún sobre las complexiones y las naturalezas esas nonadas que se denominan instrucción, educación y demás.

— Pienso poner junto al hijo niño el joven Lucano.

— Gran poeta, sublime poeta.

— Y á fuer de buen español, con tanta fuerza en su voluntad como en su inteligencia.

— Pero con grave defecto.

— ¿Cuál?

— Sus ideas republicanas.

— Eso no importa.

— ¿Un republicano junto á un emperador?

— ¿Y qué?

— O el republicano acabará con el emperador, ó el emperador acabará con el republicano.

— Las ideas republicanas han quedado cual moda intelectual de los espíritus superiores.

— Si Lucano proviniese de Grecia, no tendría nada que decir. Todas sus aspiraciones políticas reduciríanse á sentidas nostalgias y á bellas elegías. Pero un español.....

— ¿Qué temes?

— Que haga lo contrario del heleno.

— ¿De veras?

— Y tan de veras.

— No comparto tus temores.

— Acuérdate, Agripina, de un caso histórico, el cual no debe caer en olvido, proponiéndote, como te propones, apoderarte de Claudio, ó por medio de Claudio imperar sobre Roma.

— ¿Cuál caso histórico?

— Pues aquel que más demuestra la indómita constancia de los españoles. El mundo había callado á los conjuros del César. Aquel genio suyo sobrenatural marcaba con el hierro de la servidumbre, no solamente á los nacidos y criados en su tiempo, á los mismos que generaran sus contemporáneos. Pompeyo había muerto tras Farsalia, y con él parecían muertos á una todos los republicanos del mundo sin excepción. Sin embargo, en tal estado, levantáronse los republicanos de la Bética, dirigidos por los retoños de Pompeyo, y diéronse tal traza contra César, peleando enérgicamente, que tu divino predecesor se contentó con salvar la vida; y del terror experimentado en tan supremo trance llegó á flaquearle un poco la razón. De Bética Lucano, de regiones donde la República tuvo mártires, no solamente después de Farsalia, después que Bruto muriera en Filipos y Catón en Útica, temo las ideas que podrá Lucano sugerir á Nerón, pues lo juzgo tan republicano como su patria, Córdoba, y tan tenaz como su región, España.

— No importa. Sienta bien á un emperador la profesión de ideas republicanas. Como éstas no pueden cumplirse nunca sin la voluntad tenaz del pueblo, y carezca el pueblo de voluntad, sientan to-

dos esos ensueños anticuados y todas esas ideas jurídicas y todos esos arqueológicos arreos á un joven que ciñe la corona del mundo, y que, por lo mismo, hará cuanto quiera todo el mundo. En Roma sólo sueñan con la República cuatro dementes, amén de que las exaltaciones vehementísimas del poeta Lucano ya sabrá corregirlas y contrastarlas el frío juicio de su maestro Séneca.

— ¿Séneca? — preguntó asombrado Vitelio.

— ¿Te maravillas?

— Pues echas al fuego leña. Séneca es un estoico.

— Y ¿qué?

— La filosofía estoica trae consigo la idea republicana.

— Como si no trajera cosa ninguna, puesto que á todas luces resulta esa idea irrealizable.

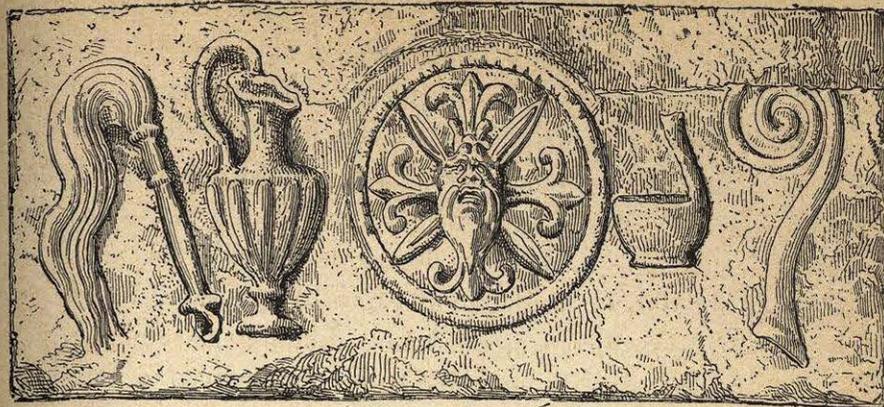
— Además, le dirá Séneca una cosa en máximas y hará lo contrario de todo cuanto dijere.

— ¡Miren qué dificultad! Inútil buscar un sabio á quien de seguro no le suceda cosa igual.

— Mas para traer á Séneca junto á tu hijo, necesitas vencer invencibles repugnancias de Claudio.

— Pues cuando pensamos vencer las que se oponen á mi matrimonio, las que se oponen á la consiguiente adopción del hijo mío; las que se oponen á la desgracia de Narciso y á la de Británico, ¿imaginas que me parecerá un monte la vuelta de Séneca el filósofo á Roma y á la corte?

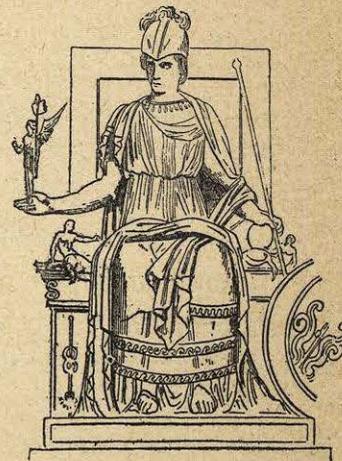
— Hágase tu voluntad. Sean en buen hora Séneca su maestro de ciencia y Lucano su maestro de poesía; pero debes recogerte mucho en ti misma para decidirte á cualquier medida respecto de tu hijo Nerón. Vástago de una familia como la tuya, recela un poco de la sombra que pueda proyectar sobre tu frente. Luego no mejora su condición moral el aportamiento de sangre que tu esposo llevó á su vida. Entre los Enobarbos contáronse muchos viboreznos, y los viboreznos diz que devoran á sus propias madres.



CAPÍTULO X

BIBLIOTECA DE CLAUDIO

Hallábase, poco después de las escenas anteriores, Claudio en su biblioteca particular, la cual tenía las ventanas principales al Oriente, según costumbre de los romanos, creídos de que tal orientación prosperaba la vista por su clara luz, bien igual siempre, y preservaba los libros de vientos cálidos, á cuyo soplo pululan gusanos y polillas. Viejos papiros orientales, cargados con escrituras cabalísticas ó con jeroglíficos egipcios, y pergaminos de Occidente y tablas cubiertas de cera donde abrió el punzón claras líneas, constituían la riqueza de aquel rincón de los palacios, donde los aficionados á lecturas y estudios, como Claudio, esparcían ó recreaban su ánimo, nutriendo de ideas la inteligencia más ó menos abierta, en aquella época de profundo escepticismo, á todos los soplos del humano espíritu. En estantes de olorosísimo cedro incrustados con lucientes marfiles de Libia y concluidos por bustos recordatorios de antiguos renombres, reunía el César la copia de



Diosa Roma